

# El Rey de los Tuareg

daniel bernardo grimberg

Image not found.

# Capítulo 1

El Rey de los Tuareg (por Daniel Bernardo Grimberg)

## I

Les daré asombrosos detalles ya que en esta celda mauritana cuento con todo el tiempo del mundo para poner el foco en mis alegres hábitos del pasado, de acuerdo a la cotidianeidad de un pensar que no carece de sentido común. Les presentaré los temas de mi fe estando aun presente en la carne (en las divergencias que sobre esta se produjeron), ya definitivamente distanciado de los procesos de acumulación de riqueza o poder. No estoy en el suelo ni las neblinas del estrago han descendido sobre mí, y no describiré torturas ni las horrendas suertes de los que se relacionan con la destrucción.

Me es preciso indagar en mi real origen con el objeto de explicar a estos míseros y notables tiempos, que forman parte de eternas mutaciones cuyos números jamás se inscribieron en las aritméticas generales. Asimismo, afirmo que desintegrar al orden social preexistente, es ansiar desgarrar la gloria o hacer una interpretación banal de lo que fue contemplado con benignidad por los dioses.

Les haré comprender con suma paciencia hacia donde me dirijo, sin someterme a las estridencias propias de ese desapercibido movimiento (porque la increíble circulación a la que me empujó la vida, me detuvo en esta furiosa cárcel). Los embarcaré en orillas cuyos orígenes son criptográficos, al narrarles mi historia. Mi actuación ha sido implacable, y sé que me han comparado con una montaña luminosa. Yo nunca robé cabras ni camellos, porque todo el ganado me perteneció, y habló en términos pretéritos pese a que las cronologías perdieron precisión. En la otra Era examinaba al horizonte con una elevada suma de conocimientos bélicos, y acepta las convenciones que eran imprescindibles a la hora de componer treguas y armisticios. Sin embargo, por ser demasiado sentimental o beber de las ánforas del vino provenientes del Mar Rojo, ahora dirimo mis recuerdos en esta galería nauseabunda y clausurada, cosa que no se trata de un artificio puesto que me permite mantener con firmeza a mis puntos de vista, y decapitar en las sombras una y otra vez a las mis contendientes.

Me dispongo a confesar mi destino aun estando en el medio de un rotoso ejército de malos espíritus que pretende que piense dentro de sus condicionamientos, y crea que esta realidad es irreductible (suponen que sus trivialidades son auténticas manifestaciones de la genialidad). Básicamente, haré una descripción sanguinaria y cruel de lo que pasará a la humanidad; mis anuncios no tendrán elementos amistosos, ya que no me encuentro aquí para congraciarme con nadie, y lo que a mí me ha pasado, le pasará a los demás.

Sin inútiles dispersiones, los iluminaré referencialmente acerca de los que se amotinaron en mi contra durante una cobarde jornada en la que se rompieron los sagrados lazos de afinidad, y los hombres dejaron de integrarse a una comunidad con el fin de emprender caminos traicioneros. Les hablaré de sus vigilantes modos, de sus debilidades aún dentro de sus Fortalezas, de los camellos de orejas agudas que encabezaban asfixiantes marchas por el desierto, y del blanco espesor de sus vestimentas que a menudo salpicaban con sangre cuando combatían de espaldas al sol.

Al privilegiarlos con ese conocimiento, comprobarán que la asonada en la que fui destituido no tuvo un eje coherente, y que, si bien provisoriamente tomaron mi lugar, serán derribados de manera fulminante. Ya que los dioses me han prometido la venganza que añoro, y cuya certeza me hace feliz, aunque por momentos me agobia.

Desde el vamos, les advierto que, si bien fui sustituido como la máxima autoridad del pueblo Tuareg, no ocurrió lo mismo dentro del reino de las esencias... aunque a través de oraciones colectivas fueron hilvanados penosos intentos con la pretensión que tal barbaridad se cristalice. Sigo vinculado al espacio infinito, a cristalinas aldeas repletas de virtud en las que los vicios no se pegan a las costumbres, porque me he arraigado en lo sagrado mientras que los impíos se arrastran por el lodo y se queman con el fuego. No me he rendido; conservo un poder que ejerzo con sabiduría detrás de estas paredes, a pesar que a mi mirada la clavo en el vacío y mis labios guardan una amarga sonrisa. Esta prisión sólo es una astuta variante de mi política de asimilarme a cualquier circunstancia, y mantenerme dentro del estratégico plano de la atemporalidad.

Declaro estas cosas como el rey que fue traicionado en un turbio día, en el que una de mis mujeres creó confusiones en mis silabeos, y no pude reaccionar frente a lo que se desorganizó en un extraño cruce. Esta inmolación mía ha sido reconocida en todos los pueblos del Sahara, ya que evidenció la profunda fisura que se introdujo en el universo; de un día para el otro se perdió la tradición que sopesaba a las cuestiones más significativas, y el pueblo Tuareg cayó bajo el dominio colonial y acató como ley a la crueldad de los extranjeros y sus cómplices.

Al hablar, retumbará mi voz sobre estos paredones de piedra caliente, y las arriadas multitudes de esta ciudad somnolienta, aprenderán que no soy un marginal ni me he desligado de los acontecimientos. Es más, este sucio nicho ha sido incapaz de trazar una raya que impida que me acerque a ellos; esos transeúntes que borrarón de sus cabezas a los trazos del desierto, están condenados a enlazarse conmigo, aunque no nos correspondamos en tiempo ni espacio.

Describiré lo bueno que nunca se deshizo como la lluvia que se une al acogedor lago; por un tiempo me pondré al servicio de la construcción de lo aparente, debido a que me es imposible permanecer en un plano secundario. Soy el rey de los Tuareg y nunca seré el referente físico del avasallamiento de mi pueblo. Los infatigables estímulos de la esperanza se hallan presente en mí como aquello que endereza a mi carne que ya no sustenta sombra alguna, y me proporcionan la fuerza y carácter con que en algún momento me levantaré con un audible tono emancipador en mi voz.

Proclamo mi parábola, desde éste lugar estático y circular, en donde la libertad es mitigada por paralizantes muros que no he derribado porque los he tomado muy en serio al reconocer su utilidad; estos me alejan de cualquier cruda interacción con los que se rebelaron en mi contra. Constituyen mi escudo frente a desdeñables adversarios que creyeron que me injertaron en una disposición previa a la muerte, pero no saben jamás asumí la resignación de quien se queda quieto en el olvido y no tiene jerarquía dentro del mundo.

Les aseguro que conservo una potestad absoluta sobre la época, ya que, a pesar de hallarme empotrado en la oscuridad de este pasillo, mi función es indispensable para el adelantamiento del tiempo que ha encontrado en mí su justificación. Soy el que verifica al cumplimiento de los ciclos paulatinos debido a que no sólo enuncie el final de las sombrías edades, sino también estoy preparando los terrenos del advenimiento de la Nueva. Mi encierro debe razonarse como lo que refuerza el testimonio que estrictamente los dioses han determinado.

Siento las marchas (al principio vacilantes) de roedores en esperpentos de números, que crujen y gimen al ras del suelo de tierra apelotonada. Ocupan cada palmo con la idea de tejer una malvada red con la que procuran acecharme. Se amuchan porque no les gusta que los individualice, ni que los denuncie por sus tropelías. Ansían ejercer un plañidero imperio sobre mi reino (el suelo que piso), pero a la rivalidad de sus alegrías las anego con mis constantes temblores y las condenatorias sentencias que emanan de mi voz.

Escucho a sus torturados gruñidos que expresan displacer al encontrarme, porque saben quién soy, aún dentro de esta notoria mazamorra. Se agazapan, se multiplican, y riñen en lo oscuro porque se comparan con

familias o tribus. La tromba de la muerte pronto los arrasará, puesto que desafían a mi orgullosa compostura e intentan trabar mis progresos espirituales.

No ignoran que yo representé y defendí a mi pueblo, y que con cierta imperio y jactancia he llamado a las criaturas de la selva a que antes de disgregarse, dieran alabanzas a los dioses.

Con abstinencia del mundo, lleno de admiración y pavor hacia Ogún (que no me ha permitido enloquecer), narraré mi descenso a este infierno, mi transformación en el ser que soy ahora. Separaré a lo religioso de lo superficial, a lo místico de lo grotesco, y a la razón del apasionamiento. En esta oscura vida mis labios trepidan ansiosos frente a las vastas escaladas del silencio.

Soy el orfebre de la palabra que terminará imponiéndose; la historia que transmitiré les sonará intrigante, debido a que o no disminuirá en nada al horizonte histórico de mi poder, y nada se ubicará fuera de las fronteras de mi reino. Soy el mismo que fui en sueños y en las más convencionales ocasiones, y quien ha condensado los símbolos de la nación Tuareg. Durante mi reinado nunca modele al terror como una tiránica horma. Mi mando consistió en perdonar o establecer un tiempo puntual en el que limitaba la observancia de un castigo... y hasta desistí de enjuiciar a los que de mí tenían opiniones adversas.

¡Escúchenme quienes tienen un místico ideal del porvenir, los presos que sufren fatigas y odiosos vejámenes, los que llevan a cabo áridas andanzas por la tierra y mastican hierbas amargas! ¡Escúchenme los que no están desde el principio en el universo, los clandestinos, y los que tiempo atrás inclinaron sus cabezas frente a los extranjeros! Sepan que ni siquiera miles de años en prisión me despojarán de mis fuerzas ni me convertirán en un ser manso.

Les hablaré de la traición, y del oficio de los traidores que no se diluye en especificaciones regionales. En esta narración oral explicaré los títulos de mi grandeza entroncados en un brillante linaje. No dormiré, sino que estiraré mis piernas, y mi elevaré con todo mi esplendor. Aun siendo un prisionero, constatarán cuales son los cimientos de mi energía sin importar cuán inconveniente o ilegible sea mi aspecto.

Les será de capital importancia no toparse con mi antagonismo, ya que el mal humor me obliga a echar destrozos sobre aquellos que todavía se encuentran bajo los hechizos del mundo, a los simplones que pierden el tiempo. Ya que, desde aquí, les ordeno hacer lo que se me ocurre, que puede ser algo razonable o colindante con una pesadilla. Mi autoridad pese a no ser visible nunca dejó de ser real. Y no he hecho más que recapacitar en lo que gira alrededor mío que no se trata sólo del sol y la

tierra.

Me apresuro a decir que, después de mi mágica hegemonía seré legitimado con el poder absoluto. Esta ironía de estar preso, ha sido objeto de exaltación y reverencia de parte de los que casi son mis iguales, mis hermanos los ángeles. Ellos me asisten en mis deseos ya que me conocen desde mis immaculados orígenes, y saben cuánto tuve que sufrir al apasionado desprecio que me dispensaron mis enemigos. Los que me han colocado en este centro injusto y engorroso sin prever que aquí soy surtido con secretos privilegios.

Durante mis encuentros con los ángeles adivinos, estos me han concedido vastas potestades, regiones para regir (que por ahora se circunscriben a sueños), y mujeres por doquier, que hoy pronuncian mi nombre entre cerrados sollozos ya que, al haberme encarcelado, han matado a los deseos que les daban ilusiones de vivir.

Los seres espirituales reprobaron la forma y contenido de mi actual predicación, y protestaron con mística gloria recordar a mi abuelo Rars, en quién se habían conjugado durante sueños lucíferos. Este había expulsado a tribus beduinas de nuestros desiertos durante las solemnes "Jornadas de Restauración". Rars regeneró las ceremonias comunales de los Tuareg en un secreto sitio al oeste del río Uegad, donde se rezaba y hasta se gritaba con el propósito de perseverar la fidelidad de Ogún. Durante su reinado, no se levantó ningún personaje turbulento e ignominioso que amenazase con romper la armonía entre los cielos y la tierra.

Los ángeles han ligado la anomalía de lo que me sucede con el principio de la gran perfección, y no la entendieron como una cruel necesidad, sino como un hecho que tiene directa relación con las estrellas. Me dieron ánimos, y me instaron a mantener la calma; les resulto evidente que fui elegido para dar un ejemplo y esperanzas en el Retorno, cuando ninguno de los nuestros será manipulado por las leyes del árabe y sus fabuladas conjeturas.

En la calle se escucha música, risas pueriles, y trompetas, y yo me entretengo maldiciendo a esos presuntuosos que no me conocen, pero si supieran lo que les hago me temerían. Claramente, lo mejor para ellos es no recordar mis rasgos ni mis caminos, ya que así no advertirán que el mundo por donde transitan en verdad es un precipicio cuyos vientos los están devorando. Nunca aprenderán a distinguir los pórticos que abren el misterio noble y sublime, porque se encuentran a merced de amplias tonterías. Sé que me dirán que mi providencial misión es la de alertarlos, pero nunca lo haré porque mi superioridad se basa en que metan hasta el fondo a sus cabezas en la ignorancia.

Escuchó cabalgaduras que son enlazadas a palenques, a pájaros que caen de cabeza en los duros techos de las casas, y a quienes que de pronto,

cambian de dirección; veo como maduran los frutos de los árboles, y a miles de abejas que se reparten los panales de sus colmenas. Y sé que la gente de afuera está desolada, acosada por viles temores, apretujada en edificios superpuestos en los que hacen un sonoro rechazo a las divinidades... lo que se manifiesta con plenitud en sus exclusiones.

Les digo: "Aeremek var meg se din" sin que nada interrumpa la afabilidad que le pongo a ese sonsonete, y no saben que detrás de esa simple importunación he activado al sínfin de sus decadencias. Por distraídos se contaminaron fatalmente; al separarse de la gloria de Ogún, abandonaron al desarrollo lineal de los tiempos. Renunciaron a procedimientos que jamás fue improvisados ya que se formaron con el tutelaje del cosmos. Ellos no conocen a los imperiosos métodos que dispongo, ni ven las piedras que les arrojé sin que mis brazos titilen con furia.

Los europeos de tez pálida y los árabes que se le sumaron con con intereses comerciales, todavía no han comprendido la enormidad del enemigo que se han granjeado... pese a que por mi causa han ardidido muchas de sus casas cuando se encontraban en lejanías buscando leños, y en sus carnes se abrieron paso sarpullidos que los constriñeron a rascarse frenéticamente antes del surgimiento de tumefacciones horrendas.

Lamento que algunos de los que se solazan con asimétricas famas, aún no han sido persuadido que mis maquinaciones no los benefician (nunca me desprenderé del sano entusiasmo por hacer lo justo). Desde este omnipotente rincón afirmo que no tienen amparo ni los salvarán la repetición de sus rituales. Les he dicho infinidad de veces (muerto de risa o con melancolías espesas) acerca de lo que efectivamente les ocurrirá durante la Cruel Eclósión.

Uno de mis carceleros respondía al nombre de Philip Muriel. Al bajarme magras viandas de alimentos y agua, este aprovechaba para dispensarme a viva voz cuestiones incomprensibles, y me escupía por cosas que yo habría hecho o dicho, pese a que en mí sólo se encontraba un hombre que tenía como caparazón a su espíritu y era el silencio su mayor obra. El sobresaliente rasgo de sus inquisiciones era el delirio; aducía que no jamás alumbraría los senderos de los que pertenecían a una desafortunada raza. Distorsionaba a la realidad haciendo hincapié en vívidos disparates; se apostaba detrás de la puerta de hierro para escuchar los sonidos que hacía mi lastimada respiración, y los comparaba con palabras dichas meticulosamente en su contra. Creía que esas supuestas imprecaciones se conformaban en un denodado francés, entonces me gritaba que yo era un desgraciado, y que él tenía la conciencia limpia y estaba familiarizado con mis tretas. Su frente se alisaba con algo de tranquilidad, recién cuando me lanzaba una palabra en

árabe que hacía alusión a mi condición indígena.

Un día Philip cayó de las escaleras que elevaban un oscuro corredor, y se dañó seriamente una parte de su anatomía. Más adelante, el guardia árabe me contó que había regresado a Niza con la intención de quedarse ahí y no tramar su futuro en África, ya que, además, durante secuencias de noches en que los cielos no protegían ni guiaban a nadie, solía escuchar voces que le indicaban que debía partir sin no quería morir en una vergonzosa manera al atorar una pierna en un pozo de víboras.

Fueron vociferaciones que tomaban la forma de dramáticos aleluyas que no lo dejaban en paz al explicarle que se había ganado un poderoso enemigo cuya paciencia no se asentaba en la inactividad. También, le fue descrito que en esa región nunca conseguiría hacer nada de valor, y conviviría con profundas desdichas. Eso le fue inculcado con piadosa lentitud y sin que mediasen campaneos o sonidos de trompetas.

Philip Muriel temió que después de vivir en tierras rodeadas con calcinados desiertos, no caminaría más por los bulevares de una ciudad imperial, y se tendría que someter diariamente a esas maldiciones terribles. Ahora, yace quieto en Niza, paga esporádicamente la renta de una habitación, y mantiene la mirada ausente, aunque de vez en cuando desfila por las calles para fundirse con cientos y miles de hombres.

Ese sujeto se extravió por burlarse de los planes de Ogún, y los puñados de vocablos que se instalaron como tinieblas en su mente, fueron las indirectas órdenes que le di.

Las voces que él escuchó salieron de la pulcritud de mi alma; con mi potente voluntad arrasé a su equilibrio y lo atornillé al infortunio. Fue una guerra hacendosa en la que prudentemente lo contrarresté. Puesto que yo que, cuando mi cuerpo no está atestado con cansancio ni pesadez, hago surgir los eclipses y genero pasmosas consecuencias en quienes me han vituperado. Utilizó el panorámico poder que me da la cárcel para vincular tumultuosas profecías con quienes pretendieron perturbarme.

Después de la vergonzosa huida que provoqué en Philip Muriel, me volvió el Sueño. Y esa exaltación se convirtió en la insaciable fuerza que me sostiene dentro de los meandros de esta cuarto de cal, desde donde refuto al desacertado mundo con una animosidad que se acelera a cada instante.

Merced a mis impulsos, Philip Muriel se halla estacionado en una ciudad desconocida, preguntándose cómo continuar su vida sin que lo siguiera como sombra la hediondez.

Sé que me han acusado de irreal, o de ser un maloliente injerto subterráneo que no ejerce ningún barbarismo ni tiene influencia. Lo han

hecho con una ignorancia monumental, esperando obtener al ansiado confort por sus erróneos comentarios. Pero aun recurriendo a groseras expresiones, no me desairan. Aunque me difamen, jamás conseguirán que cese de proyectar las inabordables categorías del mundo de los significados (que es aquel antiguo y de gran lustre al que los comunes no pueden penetrar).

Como miembro de los tengureguif he recordado las palabras del ikazkazen Kaosen, quien soñó que junto a un arroyo había una pequeña cabra que al crecer se convirtió en un león que jamás nadie amansó, y comía de las succulencias de la selva hasta hartarse. He captado a ese símbolo fiel porque lo he analizado al menos siete mil quinientas veces. Ciertamente, deduje que el cabrito representaba a los Tuareg, y más precisamente a mí, el rey Guat III, que dejaré de ser prisionero para convertirme en una fiera de tamaño descomunal que subyugará a las sabanas del África.

En mi advenimiento recompondré al orden natural de soles y lunas. Los otros viven inocentemente, y ni siquiera sospechan que de un momento a otro liberaré a mis contenidas esperanzas, y rondaré sobre sus huellas sin mostrar signos de fatiga ni de debilidad. Mientras ellos se agotan inventándose reputaciones, yo atesoro a creíbles caudales de sabiduría.

Nadie me volverá a refregar contra el polvo que había levantado Tussi, durante el vergonzoso periplo que hizo junto con sus amigos árabes, después de que muerto de miedo y en las penumbras les solicitó un urgente socorro. Por entonces no seré considerado como una leve añoranza o la gran inspiración, ya que difundiré las ordenanzas de Orgún por el África occidental.

Fue en una accidentada ocasión en que, estirando su barbudo rostro, Tussi mostró un inusual desprecio hacia mi persona, impugnando no sólo a la obediencia que un súbdito debe a su rey, sino el respeto con que un hijo homenaja a su padre. Se nominó un titán cuando conjugó en el mismo acto a la intimidante violencia con la insensatez, y no entendió que al final se envolvería con las estúpidas circunvalaciones de los que pierden el juicio.

Tussi había deseado que al rey se lo pusiera en un pedestal invisible y así paulatinamente sustituirlo, por lo que declaró que Guat III no era un hombre de elevada alcurnia dentro de los Tuareg. Desestimó a su dominio majestuoso como el endeble trasfondo de una época ida. Ese desgraciado que entrecerraba los ojos desganadamente cuando su hinchado rostro chocaba con las abundantes tormentas de arenas, me había pedido hablar de asuntos parsimoniosos durante un encuentro en el que fingió guardar sentimientos filiales hacia mí persona. Me dijo que cuando se acercaba hasta mi trono, su corazón latía con una melodiosa algarabía, ya que gracias a la epopeya de mi reinado había sido eliminados los malos

espíritus que creaban sospechas crecientes en la gente indefensa.

Pero no me introdujo en un ágape ni en una agradable tertulia familiar, sino en la peor de mis pesadillas. Porque, me borró de un saque como si no hubiera tenido un gran poderío, o mi captura no generaría una inmedible devastación. Además, con espuria pertinencia auguró que el pueblo Tuareg se recuperaría rápido del mal que yo había causado. En ese miserable instante partió el mundo de los dioses del que se experimenta a diario, y efectuó una vertiginosa construcción de su riqueza y de mi ruina.

Tussi, que llegó de tribus cercanas a dónde en siglos muy pretéritos se habían montado estructuras edilicias monumentales, solía acercarse a mi capital Yvalele con la solemne intención de declarar su vasallaje. Se lo veía humilde y con el rostro sumido en la plasticidad debido a las constantes contracciones que lo prensaban después que deshacía a sus tramposas sonrisas. Durante el tiempo en que se quedaba en mi tribu, comía de mi hacienda, y bebía el agua de mi manantial. También depuraba sus ambiciones que se revelarían macabras: estudiaba con asertiva curiosidad a lo que, como rey, yo poseía.; con asombro hacía inventarios de los tesoros que estaban a la vista y provenían de los dichosos saqueos que habían hecho previsoras generaciones. Interrogaba a cada ganadero próspero con un innegable afán aritmético, cincelando bien a su lenguaje para no afectarlo con suspicacias ni ironías.

Clasificaba a los enemigos de Guat III como extranjeros malditos; los llamaba pérfidos a los que había que vilipendiar varias veces durante el día. Y aseveraba que no había que temer que estos se alzasen en contra del rey, o que sutilmente cambiaran los inviolables modelos de devoción a las divinidades, puesto que era gente reñidora hasta el hartazgo, y por sus interminables disensiones nunca lograrían tramar algo en contra de los dioses que fundaron al reino de los Tuareg (y en su etapa inicial lo gobernaron).

Tussi no fragmentaba a nuestra célebre historia ni demostraba cuales eran sus tenebrosas intenciones, pero emitió algunas señales premonitorias que desoí debido a mi desenfrenada vocación de agasajar a los que creía amigos, junto a los extranjeros que desembarcaban de cuantiosas as caravanas con la jovial disposición a saludarme (sentían atracción hacia mi corte cosmopolita). ¿Quién me iría a atacar si lo recibía con vinos y bailarinas? Descontaba que el rugir de los tambores que anunciaban festividades, y las lecturas de poesías sublimes, jamás propiciarían peticiones raras, ni servirían como marco de una inopinada rebelión. Era común que en mis visitantes se instalara la ensoñación y el éxtasis.

Tussi adujo haber llevado a cabo extrañas iniciativas cómo cortarle la cola a una leona que antes de atacarlo prefirió escapar mutilada... cuestión a todas luces mentirosa que expresó con el rostro en blanco, como si estuviera conmovido por la enigmática magnitud de esa hazaña (eso fue

tan desproporcionado como calcular que los extranjeros dejarían que las tribus de los Tuareg se gobernaran tranquilas, o que aceptarían que se mantuvieran libres dentro de sus historias).

Por las impurezas que no filtraban sus narraciones, nunca debí conferirle mi confianza, pero las petulancias suministradas por el vino y las músicas, hacían que perdiera momentáneamente el juicio. Es sabido que a las cautelosas vigiliadas las nubla el buen pasar.

Tussi era un personaje que aducía conocer la verdad, y se vanagloriaba de ser un erudito que a preguntas sencillas daba respuestas complejas. A menudo falseaba o invertía las epopeyas de los Tuareg, asegurando con inaparente duplicidad que el saber del que partía era desinteresado.

Pronto orilló con sus ojos a aquellos que estaban disconformes, o que sencillamente no entendían la clase de vida que debía llevar un Tuareg. Tussi sonrió mucho, regaló flores a las mujeres, y relató cuentos muy trillados acerca de un promisorio futuro. Y en privado dejó de considerarme un magnánimo monarca para compararme con los monos enloquecidos que pueblan la jungla. Decretó que había fragilidad y caducidad en mis preceptos, e hizo uso de horripilantes sarcasmos. Lanzó la revelación de que me había convertido en una figura excéntrica.

Tussi confabuló con los árabes que clamaban lealtad al imperio francés mientras desdibujaban las fronteras de los Tuareg a través de circundantes caravanas. Con ellos se mostraba amable y efusivo, mientras se refería a los viajes que habían hecho por impacientes planicies. Los árabes clamaban que asumirían obligaciones de hierro con otros pueblos si aceptaban u religión, e invocaban una y otra vez a su dios para que nos iluminara, y aboliéramos los altares que dedicábamos a nuestros dioses.

Atribuían el "desgobierno local" a que creíamos en "desesperantes fábulas". A menudo visitaban a Tussi con el argumento de que habían hallado buenas profecías del día que nació, y que con el solo toque de su mano, un viejo y extenuado camello se repondría rápidamente para transportarlo a dilatadas destinaciones. El exacerbarlo, el hacer que su cuello palpitará con engreimientos, no fue un factor insignificante... ile endilgaron que no sólo que acabaría con la iniquidad, sino que introduciría a los que habían sido patéticos paganos dentro del círculo de naciones prósperas y civilizadas! Asimismo, algunos de sus contratados poetas le redactaron versos encomiásticos.

Sé de buena fuente que Tussi fue un criminal que escapó de su lugar de origen, y qué el crimen que cometió no fue liviano como la ruptura de un rito, sino el quebrantamiento al código de honor (he escuchado a quienes, me testimoniaron eso con murmullos prolijos, sin embargo y sin reparar en mi asombro o perplejidad, le resté fundamentos). De joven había huido y no pudo ser alcanzado; resulta paradójico que yo haya sido

aprehendido y acusado de romper lo sagrado a través de encantamientos mágicos, y él se lavara los pies y las partes mancilladas de su cuerpo.

Me situó en esta bóveda plenamente satisfecho, ya que proclamo la verdad que no es alterada por las dolorosas ilusiones que en el otro hemisferio son tan frecuentes. Mi cuerpo carga a mi cabeza, y mi nariz respira al infectado aire, y reflexionó hasta que esta intransigente oscuridad queda esclarecida por la luz del Sueño, y recupero de a poco lo que me fue robado. Retorno a mis raíces sin deplorar por un minuto este sometimiento a las sombras, al sufrimiento que promueve a la prodigiosa madurez.

No estoy muerto; esta prisión es mi reino crepuscular; el lugar en el que me preparo para ser alguien mayor a quien fui. Tengo la seguridad que adquiriré una categoría inapreciable que me prestará una cercanía directa con los dioses. Y si bien no puedo peregrinar a los santuarios de Eyvalele, he declarado el renacimiento de la religión que ya cesó de ser una rumorosa insinuación de lo inaccesible y misterioso dentro de las vastedades por donde se agitan las sombras.

Porque soy el portador de la Venganza que es la torrencial respuesta que da Ogún a los insultos de sus enemigos. Y me encamino a destruir lo que había sido enmarañado por el infame Tussi, cuando haciéndose pasar por un erudito, definió que debía entenderse por divino, luego de emprender una lucha ciega contra miles de dioses que según él eran monstruos horribles.

Ajeno a las trémulas interferencias del mundo, sin las terribles excitaciones que cada hombre tiene que resistir, permanezco sentado y abrazado a las plácidas invocaciones rituales que son las más finas manifestaciones que existe de lo real.

No soy un derrotado ni un fantasma y ni siquiera un presagio, sino el rey de los Tuareg. Con las rodillas tocando al mentón, en ésta butaca, he hecho todas las deliberaciones que se pueden hacer, incluso las que los sabios han buscado y que, al no toparse con estas, supusieron que no existían. Para mí la noche y el día tienen el mismo valor, mientras que quienes celebran las auroras y se embriagan durante el ocaso del sol, destinan sus horas a la irregularidad y la insania. \* Yo sueño con la realidad y ellos con sueños deplorables, por lo que siempre seremos distintos.

\*[Hace años que no veo a la salida plateada y brillante de la luna, pero el hecho que la tengo presente confirma que todavía suma su imagen en el cielo]

Estoy separado de los que serán devastados por estos paredones de sensatez, ya que la estrecha puerta de hierros amartillados no admite que

penetre lo contaminación. En este lugar se ha hecho patente mi engrandecimiento espiritual puesto que no padezco de lo transitorio. Y no guardó la intención de corregir las supersticiones del mundo, sino asolar a este en sus diferentes conjunciones. Soy orgulloso y ya no conservaré la negligencia de perdonar, porque eso me ha dicho el temible dios a quien adoro y nombro en forma incesante. ¡Este nunca desaparecerá de los contornos del África, y arruinará a los malhechores, los que por defender lo vil lo trataron de mentiroso!

## II

Antes de continuar, digo que tuve diecinueve esposas y un montón de hijos que jamás me molesté en contar, y han sido mi apertura confiable a la renovación de mi linaje. Fui rico: frente a mi vista las cosechas crecían en imparable alturas y las mujeres concebían sin tener que consultar al hechicero. Mi vida era mejor a la que cualquier mortal se esperanza en vivir. Cometí las normales ofensas del poderoso y la ley siempre estuvo a mi favor. Me desplazaba en mis carruajes con alegría, y hasta los rumores más pequeños o lejanos hacían referencia a mi grandeza.

Mis hijos se levantaban desde todos los ángulos, garbosos, victoriosos, con sus miradas puestas en cada etapa del pastoreo y la caza, gozosos por lo que estaba por venir, y cargando puñados de flechas en sus manos y lúcidos sueños en sus mentes. Eran hombres viriles y mujeres bellas que completaban la noble ambición de revalidar mi dinastía. Como rey de los Tuareg poseí a la tierra y recolecté sus recolectados tesoros, ya que cada elemento que proyectaba sombras me perteneció. Ante mi proximidad los cobardes huían, y las mujeres respiraban con la sana crudeza de las pasiones (a muchas las incorporé a mi Casa con el propósito de que no se perdieran en la disolución ni se consagrasen a lo espurio). La gente me respondía con su libertad, y estaba dispuesta a morir por mi reino y mis ganancias.

Mi última mujer, Ha Haftsa, había hecho lo imposible para circunscribirse dentro del harem, pero por algún motivo desconocido soltó quejidos en disonancia... voces rellenas con modorra que no habían sido escuchadas antes. Tal vez se ánimos eran opacados por las mortificaciones que le hacían las otras mujeres, o porque rompía valiosas vajillas, o simplemente por no adaptarse al bienestar (en verdad sus llantos nunca tuvieron aristas definidas).

Ha Haftsa rumiaba solitaria porque creía que no tenía idoneidad para ser mi esposa, o andaba con vacilaciones porque no entendía a donde conducían los caminos. Se notaba que por ensimismarse no había claridad en su mente; cavilaba al andar por el engalanado ámbito de la corte. Mezclaba bebidas afrodisiacas con la sangre caliente de algunos animales, con el pasivo interés de mantenerse muda. El rey la había puesto en la cúspide dentro de las mujeres de la tribu, pero ella prefería asentarse en

una choza alejada. Muchas veces se ocultaba de las demás, o se perdía en zonas previas a los barullos de la selva... pero su misterio era imposible de dilucidar y aturdía a los latidos de mi corazón. La llamaba durante noches enteras en que los dioses estimaban que se había extinguido aquello que existió anteriormente, y había que recrearlo y darle un nuevo sentido.

Las durmientes mujeres que se desperezaban una enfrente de la otra, batallaban por ver quien se apropiaba de los mejores cosméticos y competían por ser las mejores bailarinas. Pero Ha Haftsa no se metía en esos barrizales, por el contrario, se marginaba, y se mojaba con la lluvia con el fin de no hacer alarde de su belleza. A aquello que observaba, lo manchaba con acuciantes fatalidades.

Las mujeres siempre fueron los nudos con que los hombres se atan a la tierra, e hicieron tolerables las distancias que recorrieron, y Ha Haftsa, la más joven de mis mujeres, me ponía de buen humor con sólo verla danzar. Había sido el envío de un lejano pariente que la permutó por dos bueyes, y se juramentó como mi vasallo.

A Ha Haftsa le di la mejor habitación, y le expliqué en donde empezaba el Sueño, y que si torcía su cabeza hacia la izquierda oíría las trompetas de la selva, y si efectuaba un procedimiento inverso, escucharía los rebosantes consejos de los dioses que sobresalían sobre todos los sonidos. También la instruí para que no se empeñara en habladurías, que era el atroz tipo de combate con que se ejercitaban las mujeres.

El padre de Ha Haftsa se llamaba Reik, y aún le estoy agradecido por sus recomendaciones que, vistas a la distancia, parecen vanas, pero encauzaron a hechos que aún no tenían los colores vitales porque no habían sido instaurados en las cronologías. Reik era un pastor que pastoreaba a sus cabras sobre tierras cenicientas, y cuya sabiduría se remontaba por arriba de las piedras y los suelos arenosos. Andábamos por esos perímetros que nunca entretejieron a los soñados atributos de lo intangible, sino que nos ubicaban dentro de la escala material.

Ahora Reik estaría abrevando a sus camellos, o se recluyó en su tienda con un semblante ofuscado por tener que soportar al parloteo de su mujer Fissah. Esta solía hablar sola y escupía al cielo apenas salía la luz del alba, luego procedía a tararear canticos que nunca habían sido oídos. Y establecía sonoros disensos con los muertos que habían sido enterrados, pero porfiaba en que la asintieran con gravedad. Fissah lanzaba amargos escarnios a su marido, los que juzgaba indispensables en su tarea de desmoronar a los personajes estrambóticos que la habían perturbado. Yo me sabía excluido de esas abrumadas disertaciones que hacía, porque nunca me echó a alguno de sus odiosos murmullos, y se liaba a cordiales palabras de bienvenida cuando me veía llegar en caravana con mi sequito.

Tal vez la desconsiderada aminoración que infunde la temporalidad, ahora mostraría a Reik con la salud un poco deteriorada y algo de mal humor (el irremisible progreso de lo cotidiano va rompiendo con las emocionadas estipulaciones que los hombres hicieron con sus reflejos).

Sé que fue un siervo de Fissah, quien había pedido a Tusssi que lleve a Ha Haftsa de vuelta a su tribu en dónde no faltaban víveres, ni ricos pretendientes que habían estudiado en las academias del islam y veían a la guerra como otro de los numerosos comercios. De esa manera, Fissah se habría asociado a lo nefando de mi historia, pero deduje que esa mujer era loca, y como tal estaba hecha de sueños y no con un inexorable material.

Ella persuadió a Tusssi que después de mi captura le devolviera a su hija, y este descubrió que Ha Haftsa nunca había sido incluida en el conjunto de mis mujeres, ya que no había tenido encuentro con hombre alguno según la confirmación hecha por una partera. Tusssi le organizó a Ha Haftsa el viaje de retorno a su aldea, en el que, si uno se colocara frente al horizonte, vería al radiante espectáculo del sol cuando sus rayos se envuelven con las tonalidades anaranjadas de los primeros desiertos.

Sé que ese forzado desplazamiento ocasionó en la joven un angustioso mutismo y acentuó al denso misterio de su mirada. Probablemente, por oír las recelosas referencias que le hizo de Tusssi se había puesto a la defensiva, o le pareció que el desierto era otra tonta demora.

Fui un rey de mandíbulas jocosas que he celebrado la totalidad de los aniversarios existentes; cuándo llegaban los extranjeros, juntos reíamos por amplios disparates, a la par que bebíamos sofocantes licores rememorando lo que fuimos y planeando lo que inmediatamente seríamos. Fuimos acérrimos compinches; durante nuestros opíparos festines no prevalecía la oscuridad, ni había perros que nos ladrasen, ni espíritus que nos acechaban o en los densos fondos de las selvas. Los cultos vínculos que cultivábamos, hacían que nos abandonáramos a la música y a la recitación de poemas eróticos, junto al aporte de los immaculados relatos que eran cruciales en la recreación de las historias de nuestros pueblos.

Recuerdo en particular a Melje, quien al deslumbrarse durante las intempestivas contemplaciones que hizo de mis riquezas, se metió en los peligrosos atajos de quienes son seducidos por la envidia. En vez de alegrarse por mi holgura, Melje emponzoñó a su alma. Contrajo los odios que alimentaban agentes foráneos, quienes pretendían que configuráramos a nuestro apacible mundo con un diseño distinto. El hombre se apesadumbró pese a que la luz jamás iluminó a unos menos que a otros. Melje fue uno de los conspiradores que me rodeó con

insinceras alabanzas mientras relataba a árabes y franceses cuales eran mis movimientos habituales.

Se había desentendido de sus obligaciones hacia el pueblo Tuareg, fabricando absurdas conjeturas con la idea de provocar mi caída. Asignándose una misión liberadora, señaló a los prominentes de la tribu luctuoso que el refinamiento de mi corte desencadenaba en su sombría personalidad. Melje proponía austeridad: que no hubiera música, ni comilonas, ni bailarinas, ni vinos, ni interrumpidos jolgorios.

Reconocí en Melje a un traidor desesperado que sólo estaba interesado en el pillaje de los miembros de su tribu; quería apropiarse de lo que veían sus ojos, y se inclinaba con reverencial temor frente a autoridades extranjeras que lo trataban como a un igual, pero en verdad lo consideraron un réptil de la peor calaña.

Melje fue a buscarme a las tierras altas, ¡y cómo se empeñó en reunirse conmigo cuando yo sabía bien de que se trataba de un intrigante cuyos modos incluían el inflamarse con adulaciones (mis espías me pusieron al tanto de sus constantes merodeos, que también emergieron en el Sueño que amoneda tanto a lo cotidiano como lo absoluto)! El pobre no supo reconocer en cuales trechos de la tierra los ríos fluyen libres, y en donde acechan los rinocerontes infalibles. No me malgasté en furias, porque como manifesté en numerosas ocasiones: "mi tenaz paciencia no es más que el inapelable enojo de los dioses".

Melje fue lanzado de una pendiente por no acatar las ordenanzas de Ogún, quien en una sola noche arengó puntualmente cuales eran los hábitos de los Tuareg. Yo ni siquiera demostré estar enterado de sus transgresiones; simplemente me plegué con indolencia a un juego de ajedrez, y resté importancia a ese ocasional adversario. Con la noticia de su despeñamiento, me llegaron sus últimas palabras que fueron complejas oraciones pidiéndole a Ala piedad para los que venden a los suyos.

En el instante de su caída consideré que tenía un poder como ningún rey que me precedió. Por lo que decreté expansivas emancipaciones de los que estaban en situación de servidumbre, luego establecí que en el tiempo no hubiera apremios, y titulé al desierto como el umbral de nuestras tiendas". Y al día de las creativas fiebres producidas por serenas ingestiones de alcohol, autoricé a los guijarros a dormir sobre los bordes de los ríos. También ordené que los fuegos devoradores se detuvieran al llegar a Yvalele, la capital de mi reino.

¿Cómo pudo ser que haya caído en manos de mercaderes árabes que lo llevaron encapuchado al ajetreado confín de la autoridad colonial? ¿O que estos movidos por la codicia, contaron las monedas que obtuvieron, en una temporada en las que les hubiera correspondido hacer sus reglamentarios ayunos? Fue por culpa del Tussi hijo de Obala, durante el

principio de una tarde en la que no apliqué las magníficas sutilezas que radican en el Sueño. Al indisponerme con las sabias premoniciones se fue prefigurando una circunstancia horrenda. No quise hacer ajustes en el trato dispensado a los recién llegados, ni convocar a mis soldados que marchaban en círculos a la entrada de Yvalele.

¿Cómo pudo ser que Guat III fuera dado con la apariencia de un desvalido a aquellos que lo odiaban? Porque fue él quien dirigió a los Tuareg en garbosas peregrinaciones, y administró con maestría los objetos sagrados. ¿Acaso no había sido permanentemente ensalzado por sus triunfos militares y sus hazañas amatorias? ¿No fue él quien se había adueñado del desierto con sus afiebradas zonas de agua dulce: los oasis que antes de divisarse habían sido titileos esparcidos por la imaginación? ¿No le compusieron las mejores rendiciones líricas, los cantores y poetas, que con esas épicas encumbraron a las artes? ¿O no dominó a las tierras que emergen del océano, hasta llegar al inexpugnable desierto y las selvas que son sus contracaras?

Hasta el fatídico día de su secuestro, Guat III fue un rey amado por su pueblo que festejaba con inacabables alborozos a su buena salud.

### III

A pesar de que tuve el mundo a mi disposición, ahora encaro si dirigiré mis pasos unos pocos metros a la derecha o a la izquierda, o si reflexionaré en las sabias palabras que me dirigió mi amigo Reik, o en los benditos mensajes que los dioses dieron a nuestros antepasados, quienes fueron los únicos dueños del Sahara, por lo que poseían el derecho absoluto a andar por sus abrasadores mares de arena, y pasar a degüello a los que se introducían dentro de sus límites sin solicitar ser escoltados. Por entonces, aquellos que pretendían encaminarse por el desierto entraban en un feroz laberinto si no les dábamos asistencia, y nos embriagábamos con vinos de distantes locaciones, que obteníamos gratis de los temerosos mercaderes.

Bajo esos majestuosos cielos gobernábamos con templanza y alegría, ya que eran nuestras las bestias de carga y los abrevaderos naturales. Injeríamos buenos agüeros de las móviles arenas. También, en los limpios firmamentos leíamos señales y poesías que eran desconocidas para quien jamás adiestró sus ojos en las maravillas de lo inmenso. Las tribus vecinas se supeditaban con modestia, porque no les infligíamos crueles tormentos si sabían cómo bajar las frentes y no sostener ociosos pretextos al darnos el tributo.

Éramos un pueblo contento porque conocíamos al desierto como las palmas de nuestras manos, y la vida resultaba obvia en sus grandes líneas. Nuestros tambores y nuestras sangres bullían al unísono bajo las

banderas que hacíamos con fibras vegetales.

Pero antes que cayera el sol del día de mi arresto, Tussi tomó el poder de la tribu, se apropió de mis esposas, dispersó a mis hijos, y distribuyó mis riquezas entre sus fieles. Depredó a lo que le sugería honorabilidad, y arrojó, de acuerdo a lo que consideró uno de sus atributos, intensas amenazas a los que creía que no se acomodarían y serían recalcitrantes. La anchura de su cara se tornó brillante, como si el sol le hubiera prestado algo de color después de habérsela lavado por muchos años con la palidez de la luna (siempre estuvo incluido en el número de los que buscan escondites durante las noches).

El impostor se embelesó porque no libró batalla alguna, ni derramó sangre, y para vencerme sólo tuvo que remolcar sus pies por el suelo polvoriento. Les explicó a sus aliados que había probado su capacidad, aunque tal declaración no fue más que otra de sus mentiras. Había requerido la ayuda de los árabes, después de expresar sus deseos de acabar con la idolatría (a la par que sus labios que a menudo se contraían con ansiedad, a tientas extendían sonrisas disolutas).

Ese hombre arrasó las razones por las que vivieron nuestros antepasados que habían solicitado el favor de los herméticos dioses, de circular por el desierto sin temer enfrentar a los espíritus malignos. Tussi rompió al principal espejo del tiempo: la memoria, y de un soplo deshizo a mis muníficas previsiones legales, acusándome de originar ruinas siniestras, y de ser el torpe veedor de dioses antiguos que enfilaban a las tribus lejos del islam y por ende, a donde se radiaba el infierno de los impíos. Atacó a Ogún llamándolo un turbio demonio que se oponía a la estación eterna que brindaba la fe de sus compinches árabes. Salpicó a los regios dioses con el inmundo lodo de su palabrerío. Finalmente adujo que propicié la desolación de los Tuareg, al requerirles que efectuaran adoraciones a divinidades que desbordaron con sus maldades al universo. Según Tussi, Tuag III había sido el mayor obstáculo para que Ala realizara un acuerdo planetario con los hombres.

A partir del auxilio de extranjeros, Tussi consiguió desplazarme, porque si me hubiera retado sólo con su voz (como lo había hecho el desdichado Melje), hubiera caído en el despeñadero, o ardería en fuegos ralos, o lo habrían atravesado las flechas de mis valientes hijos.

De todas formas, Tussi, mi gran enemigo, ya lo pagó caro. Asimismo, los hermanos Sud y Mous siempre fueron muy diestros detrás de las faldas de las mujeres. Ellos gastaron en las ciudades de la costa, a lo que saquearon durante esa angustiosa jornada. A estos también consideré responsables de mi suplantación que sumó indecibles infortunios. Como Tussi, se habían empeñado en que se malquistaran conmigo los árabes del Magreb, y llegasen hasta Eyvalele con la consigna que nuestra religión

estaba en franco declive.

Porque cuándo en ese mediodía llegó la fatal caravana, me separaron de la más joven de mis mujeres me fastidiaron para que cumpliera con mi papel de anfitrión. Porque Ha Haftsa durante una lujuriosa pausa, se me había brindado sin que se lo requiriera, dándome antes a beber sucesivas copas del suave vino que producen los viñedos que crecen en las arenosas pendientes del Mar Rojo.

Los hermanos me comunicaron que los recién llegados requerían mi aprobación de sus caminos, o que más bien, exigían mi expreso consentimiento. Sud y Mous se internaron en mi palacio, infundiéndome una falsa confianza en los visitantes. Me dijeron que eran mercaderes que traían finos artículos de oriente, y que estaban interesados en mostrarse reverenciales frente a la autoridad real de los Tuareg.

Aun estando un poco ebrio, me hicieron salir al encuentro de esos cruentos árabes, tironeándome de las mangas y sobrecogiéndose por la lentitud de mis movimientos. Me explicaron que no tenía nada que temer, que ese día no traía nada desconcertante, y que lo único indispensable era hacerme ver. Salí de la tienda desarmado, entendiendo que mi apacibilidad jamás se constituyó en un defecto.

Después de estremecerme con los placeres que me concedió Ha Haftsa, apenas alcancé a vestirme para efectuar esa inoportuna labor protocolar (durante mi reinado nunca hubo erráticas contradicciones entre mi Poder y los perdurables beneficios que suscita el comercio).

Lo oprobioso fue que, de un minuto a otro, pasé de rey de los Tuareg a contarme entre los despojados. Y luego, durante el viaje a Túnez, los árabes me contaron algunas de sus repulsivas leyendas, y me dijeron que considerara un regalo que me daban, que siguiera respirando.

Sud y Mous: sus nombres serán adjuntados a los de las plagas. ¡Que los dioses que funden los hielos de las montañas para alimentar a los ríos, los castiguen por la eternidad, y los hombres pongan a sus ojos en blanco, si a alguno en los contornos se le ocurriera evocarlos!

#### IV

Estoy preparado para recibir mi herencia antes que las aves peguen la vuelta del actual ciclo migratorio, el cielo oscuro se vuelva uniforme, y los oasis se llenen con vallas y fuertes franceses. Pronto emprenderé las radicales acciones que fueron preanunciadas en el día de mi nacimiento por los orishas. Saldré de ésta prisión, y veré al mundo con ojos que ven, pero estuvieron ciegos a causa de la oscuridad; percibiré no sólo lo que se me ponga enfrente, sino también a lo paralelo... aquello que observan los

perros y las ratas cuando se subsumen en melancolías.

Pronto obtendré las prerrogativas que me prometieron los dioses a causa de mi linaje, porque soy hijo de Mufare, que a su vez lo fue de Rars, quien procedió de Guat II, y así hasta llegar al mismísimo Safeg. Pero antes debo implementar al orden en el caos, determinar lo que es justo y aquello que responde a lo aborrecible. La tierra, con sus desiertos, montañas, mares, y lagos, ya no tiene misterios para mí, puesto que yo, Guat III, durante estos largos años de prisión (que no sé si fueron quince o quinientos), he aprendido todo lo que un hombre es capaz de aprender sin dejar de serlo. Puedo apilar miles de nombres en mi memoria, o crear un camello en mi mente con la idea de liberarlo en los amplios frentes de arena. Lo armo fuerte o viejo, y lo entrego a flageladores mercaderes o bien permito que lleve a cabo una vida salvaje. Yo, Guat III, ya lo he hecho y lo seguiré haciendo.

¿Acaso una de mis esposas me traicionó, la más joven, la de nombre Ha Haftsa? Lo dudo o prefiero no creerlo. Nunca me contendió ni me discutió, pero quizás su razón fue anulada por un poderoso perfume que le regalaron los mercaderes, o correteó desnuda por la pradera de Malí que hace decir rarezas, o está afuera en este preciso momento, cavando un pozo para liberarme (he perdido la cuenta de las posibles derivaciones de su destino).

Finalizando: Mi enemigo se llamó Tussi y he aplicado una continuidad de siete años en maldecirlo, por lo que está dentro de la razonabilidad afirmar que su cuerpo trocó en algo menor a un trozo de carroña. Tussi no pudo, en este, mi remoto escondrijo asestarme un devastador golpe debido a que cayó redondo fulminado por un rayo. Eso ocurrió cuando descansaba en su lecho sin prestar atención a la vecinada tormenta cuyas blancas cadenas de truenos ya germinaban en los grises cielos. Con fruición aparejé esa lluvia torrencial y llena de escalonados relámpagos. El progreso de mis secretos vocablos ocasionó a sus temblores finales, y su muerte es tan cierta como lo son éstas columnas de oscuridad que me mantienen lejos de mis enemigos y dentro de una augusta expectación.

Fin